

REVISTA
DE LA
UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Tomo VIII

Lima, Setiembre-October de 1940

Número 6-7

EL IV CENTENARIO DE LA COMPAÑIA DE JESUS

El 27 de setiembre de 1940, se ha cumplido el Cuarto Centenario de la fundación de la Compañía de Jesús. Desde su aparición en el mundo la influencia de los Jesuitas ha sido tan extensa y tan profunda, que la historia de la Iglesia y la misma historia de la humanidad serían incomprensibles si se intentase prescindir de considerarla: de allí que ninguna revista de alta cultura, y mucho menos el órgano de una Universidad Católica, podría dejar pasar inadvertida la culminación de esos 400 años de vida y de lucha. Con razón dice Menéndez y Pelayo en *Historia de los Heterodoxos Españoles*: "San Ignacio es la personificación más viva del espíritu español en su siglo de oro; y ningún caudillo, ningún sabio influyó más poderosamente en el mundo, y si América es católica y la otra media Europa no es también protestante, a él principalmente se debe". Ludovico Pastor, el famoso historiador de los Papas, afirma que "San Ignacio es el hombre que por la incomparable universalidad de su acción había de contribuir más poderosamente que otro alguno a renovar la Iglesia y a compensar sus grandes pérdidas con nuevas conquistas".

San Ignacio, organizador incomparable y figura de acción y de lucha, legislador sapientísimo, psicólogo sin par, aparece en la historia, hombre providencial, y funda la Compañía, en un momento crítico no sólo para la Religión sino para la humanidad. El brote de paganismo que cundió en el mundo con el Renacimiento, y la Reforma protestante, amenazaban con corromper o por lo menos con

desnaturalizar el cristianismo. Y en ese momento aparecen los Jesuitas, recios, intransigentes, obstinados, verdadera milicia de Cristo, que viene no a pactar con el enemigo sino a darle batalla en campo abierto. Seguros de representar la verdad, no aceptan compromisos ni términos medios.

En la guerra sin cuartel que los Jesuitas declaran a todos los enemigos de Dios y de la Iglesia, no hallan arma lícita que no empleen; pero entre todas ellas eligieron de preferencia, los primeros en la historia, esa arma un poco lenta, acaso un poco obscura, pero de efectos seguros y tremendos, verdadera "bomba de tiempo" como diríamos con el trágico lenguaje de nuestros días: eligieron como arma principal la enseñanza, y ella ha seguido siendo no sólo una de sus preocupaciones capitales, sino también uno de los campos en que han lucido con incomparable brillo.

Unos hombres que aparecían en el mundo a combatir, era inevitable que fueran combatidos: no sólo los enemigos de la Iglesia se declararon contra ellos: dentro de las propias filas del catolicismo encontraron resistencias y dificultades. Pero los Jesuitas no tendrían razón si se quejaban de estos ataques. ¿No vinieron al mundo a combatir, a agredir, a luchar? ¿Qué de extraño tiene que quien busca la lucha la encuentre?

Maestros, apóstoles, misioneros, eruditos, sabios, los Jesuitas se han multiplicado y han invadido todos los campos del pensamiento y de la acción. En todas partes han sido luchadores infatigables: seguramente que seguirán siéndolo mientras tengan enemigos con quienes combatir.

LA REVISTA.